

Album Salón



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ♦ Rambla de Cataluña, 151, Barcelona ♦ Precio: 4 reales.

Ayuntamiento de Madrid

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1898

NÚM. 26

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaacs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabriny.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Casañ.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

PREDICCIÓN GITANA, por M. NAVARRETE.



— Yo le compraría á usted esa borrica, pero, *mayormente*, no me agrada. Es negra y la querría blanca.



— *Miste*, compare, la *custiún* de colores no la tenga *usté* en cuenta pa *ná*. Yo le aseguro que esa borrica será blanca antes de una hora.



— ¡Diablo con el hombre! ¿Y cómo lo sabe *usté*?
— Mirando á las nubes.

OBRAS PARA PIANO DEL MTRO. A. L. SALVANS

| | | | | | | |
|---|-------|------|--|---|-------|------|
| Tres danzas españolas. | Ptas. | 3 | | Tres Mazurkas de Salón. | Ptas. | 2 |
| Scherzo Fantástico. | » | 3 | | Primer capricho de Concierto. | » | 1'50 |
| ¡Souviens-toi! | » | 2'50 | | Minueto de la primera Sonata. | » | 1 |
| Vals-capricho. | » | 1'50 | | ¡Sola en el mundo! célebre polka. | » | 2 |
| A los toros (Gran éxito); paso doble militar. | » | 1 | | La Alhambra, poema sinfónico para orquesta. | | |

Se hallan de venta en este Centro Editorial Artístico. * Para los Sres. Suscriptores, rebaja de 25 por 100 del precio marcado.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Edición la más moderna, lujosa y económica.

UN REAL CUADERNO

Tirada especial para los Cervantistas, de cien únicos ejemplares numerados, en papel superior; al precio de 75 ptas.

Se reciben encargos para los pocos ejemplares disponibles.

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO

DE
MIGUEL SEGUI

151, Rambla de Cataluña, 151

BARCELONA

TORRE DEL BARO



PREDICCIÓN GITANA, por M. NAVARRETE.



El señor Juan paga á regañadientes y se lleva la burra, con la condición de devolverla si no cambia de color.

Y satisfecho con la promesa se mete en la primera venta que halla en el camino, á tiempo que las nubes descargan un tremendo aguacero.

— ¡Qué veo! ¡Dios mío! Ya se ha cumplido la predicción del gitano. ¡Se ha vuelto blanca la burra! Esta no es la mía!

— ¡Qué ha de ser de usted! Si es la que me robaron á mí la semana pasada, que venía teñida y se le ha ido el color.

INTERESANTE A LAS SEÑORAS

Por medio de un procedimiento completamente inofensivo, se extrae instantáneamente y con toda su raíz el vello del rostro ó de los brazos, sin que quede ni el más pequeño rastro de haber existido.

Lo que se aplica para ello, á la vez que no es depilatorio, es tan higiénico y favorable para el cutis, que éste lo deja fresco, limpio, fino y hasta lo hermosea.

Este sin rival procedimiento es aplicado por su inventora

➤ TERESA GARCIA MARTINEZ ➤

por cuyo motivo las señoras que lo deseen, pueden, sin reparo y con toda satisfacción, dirigirse á ésta su casa,

♦♦♦ Calle de Colón, núm. 8, bajo. ♦♦♦ VALENCIA ♦♦♦

JUAN B. PUJOL & C.^A EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 * BARCELONA

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS E INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA

REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en París, Bruselas, Berlin, Leipzig,

Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS ➤➤➤ EXPEDICIONES DIARIAS

JABON DE BABA DE TORO **¡¡PRODIGIOSO Y VALIOSO DESCUBRIMIENTO!!**

Destruye las manchas y barros. — Hermosea y suaviza el cutis. — Gran Vigorizador de los órganos. — Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. — Representante en España,

D. EMILIO MARTINEZ

CALLE DE ARAGON, NÚMERO 345 BARCELONA

De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.

¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!!

COMPañÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

Línea de Buenos Aires. — Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIO DE AFRICA. Línea de Marruecos. — Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — El vapor *Joaquín del Piñazo*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

AVISO IMPORTANTE. — La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Para más informes: En Barcelona la *Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y C.^a — Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica* — Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*. — Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.^a — Coruña: D. E. Guarda. — Vigo: E. Antonio López Neira. — Cartagena: Sres. Bosch hermanos. — Valencia: Sres. Dart y C.^a — Málaga: D. Antonio Duarte.



LA MARAVILLA
IMPIDE LA CAIDA DEL CABELLO

Agua sin rival, preparada por J. Martra; es inofensiva, refrescante; cura la caspa y hace restablecer á los cabellos blancos su primitivo color, sean castaño oscuro ó negro. Basta aplicarlo con un cepillo unos 10 días consecutivos antes de peinarse. No tiene Nitrato de plata y puede rizarse enseguida.

Nota: El agua sobrante no devolverla á la botella.

PRECIO 4 PESETAS

De venta en todas las principales perfumerías y peluquerías.

Encargos: Bailén, 117, 1.º Salón para peinar señoras.

OBESIDAD

tratada con éxito desde hace 30 años con las

PILDORAS

de **REDUCCIÓN DE MARIENBAD**

Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.

Historia del general

DON JUAN PRIM

por FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **Un real**, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromó.

¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL !

ó **POLVOS** del DR. KUNTZ es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago é intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja 7.50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2. Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORO AMERICANO
SE REMITEN CATÁLOGOS



No más Canas AGUA SALLÉS

Esta Agua sin rival progresiva ó instantánea, devuelve á los Cabellos blancos y á la Barba su **COLOR PRIMITIVO**:

Rubio, Castaño, Moreno ó Negro.

Bastan una ó dos aplicaciones sin lavado ni preparación.

PRODUCTO INOFENSIVO
RESULTADO GARANTIZADO

SALLÉS, Fils, 73, Rue Turbigo, PARIS.

DE VENTA: Perfumería LAFONT, Call. 30, BARCELONA.

CENTRO EDITORIAL ARTÍSTICO DE

© MIGUEL SEGUÍ ©

Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

Memorias de un médico.

El collar de la reina y Angel Pitou.

DE LUIS DE VAL

Morir para amar ó La muerta enamorada.

La hija de la nieve ó Los amores de una loca.

Sor Celeste ó Las mártires del corazón.

La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.

La lucha por la existencia.

El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.

El calvario de la vida.

¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.

Las hijas abandonadas.

DE F. LUIS OBIOLS

El martirio de un ángel.

Nacer para sufrir. (Historia de una herencia).

Vivir muriendo.

DE SALVADOR CARRERA

La vengadora de su honra.

DE ALVARO CARRILLO

Amor y patria ó La virgen cubana.

DE LORENZO CORIA

Luna de miel.

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



¿Te acuerdas?

¿Te acuerdas de aquella tarde,
te acuerdas, mi dulce dueño,
a la vera del arroyo
y bajo el álamo negro?

Hay momentos en la vida
en que la tierra es un cielo,
y son inmenso los aires,
y las palabras son besos.

¿Te acuerdas de aquella tarde,
te acuerdas, mi dulce dueño,
a la vera del arroyo
y bajo el álamo negro?

Vist. Malaguer

Lejos del mar

En el rincón más bello de Galicia,
oculto entre pinos,
yo tengo un nido, a cuyo pie guardo
del mar el algar.
Todos los años al calor bayecado
bueno allí espacio y aire,
y gozo de apacibles alboradas,
y de serenos trances.
Hoy ya no es; después de las olas
fueron, Patra, tres naves,
y batiéndose en ellas, parecían
que me buscaban en vano.

Manuel del Valle

Imp. de la
Ximenes.





LA VIUDA POBRE

(FICCIÓN POÉTICA)

ERA el día de las limosnas en Jerusalén. Todos daban: muchos por vanidad, pocos por generoso impulso de misericordia.

Al Templo afluían desde muy temprano los magnates, los funcionarios, los industriales, los mercaderes, los mismos jornaleros del campo. En un arca depositaban sus ofrendas.

Jesús, llevó sus discípulos á la casa del Señor, y, en la penumbra de ella, ocultos en el más excusado rincón, presenciaban aquel espectáculo.

Anocheía; los últimos hipócritas echaban con ímpetu las monedas, para que con el ruido pregonaran su largueza.

★ ★

Erase una mujer desgraciada; perdido había á su esposo y á sus hijos, cuando constituían para ella un apoyo y un consuelo; rodó de la alegre y dichosa esfera de otros tiempos, á un estado de postración y de indigencia indescriptibles. La que tuvo servidores y nadó en la abundancia, vino á ser la criada de un mercader obscuro. Comía de las sobras de la mesa. Los perros eran más afortunados que ella: cuando menos, se les agradecía los ladridos; en cambio, de la pobre viuda escarnecíanse toda palabra ó acción delicadas.

Amaneció hermosísimo aquel día, el día de las limosnas, en Jerusalén. Las gentes todas abandonaban sus hogares é iban á cumplir la tradicional costumbre.

La desgraciada viuda estaba sola en casa de sus amos; veía aquellos ríos de gente dirigirse al Templo... ¡Se acordó de ayer, de hacía muchos años, de cuando rica y dichosa, al lado de su compañero y de sus vástagos, también formaba parte de la piadosa muchedumbre!

Tenía dos blancas en la mano: eran el ahorro de algunas semanas de labor. Estaba hambrienta, enferma, casi desnuda.

Anocheía.

Los últimos mortecinos rayos de luz, precursores de los tonos del crepúsculo, hablaban con honda melancolía al espíritu atribulado.

La mujer iba á realizar un sacrificio; en lugar de proveer, con el valor de aquellas monedas, al inexcusable alimento de su aniquilado cuerpo, las estrechó nerviosamente entre sus dedos... y dirigióse á ofrecerlas al Señor.

Iba recelosa por las calles; temía ser descubierta y burlada por los hartos.

Penetró en el Templo: estaba, al parecer, desierto.

La viuda era poco menos que una sombra, avanzando por entre las de aquella Casa santa. Las luces de las lámparas eran menos pálidas que su faz, y temblaban menos. Al verla llegar el guardián del arca, pensó que la mujer se dirigía allí con instintos aviesos... y vigiló su mano. La mano de la anciana se abrió con modestia, y cayeron dos monedas de entre sus dedos.

Jesús, que desde lejos todo lo presenciaba con sus discípulos, díjoles á todos regocijado: «Hé aquí la verdadera caridad. Esa mujer da lo que para sí necesita; los otros, que la han precedido, dieron lo supérfluo. Esa, en silencio ofrece y sin orgullo se retira. Imitada, que á tanto obliga la doctrina que os predico. Al hacer el bien en la tierra, no mandéis tocar trompetas, ni encender luces para que os vean.»

Y todos salieron tras de la pobre enferma que pensó no la había visto nadie.

★ ★

A las puertas del Cielo está el Purgatorio.

Las almas formaban un inmenso mar cuyo oleaje incesante iba á estrellarse en unas gradas de diamante, que dan acceso á la puerta celestial. Esa puerta es estrecha, tanto, que su abertura la taparía sobradamente el más fino cabello; acaso es á la que Jesús se refería cuando dijo al cínico viandante: *Muchos empujan y pocos entran.*

Sobre la grada superior, al lado izquierdo, veíase un ángel; en sus manos descansaba un libro en cuyas páginas estaban anotadas las acciones de los hombres. Con arreglo á esas anotaciones, las almas que esperaban el momento de la solemne liberación, debían enseguida, ó más tarde, ingresar en las regiones de la eterna luz.

El ángel estaba triste, contemplando aquel oceano de almas en pena, que no cesaban de moverse, disputándose unas á otras el sitio más cercano á las puertas del Cielo.

La vista humana no alcanzaba á ver todos los millares de leguas ocupadas por tantos espíritus.

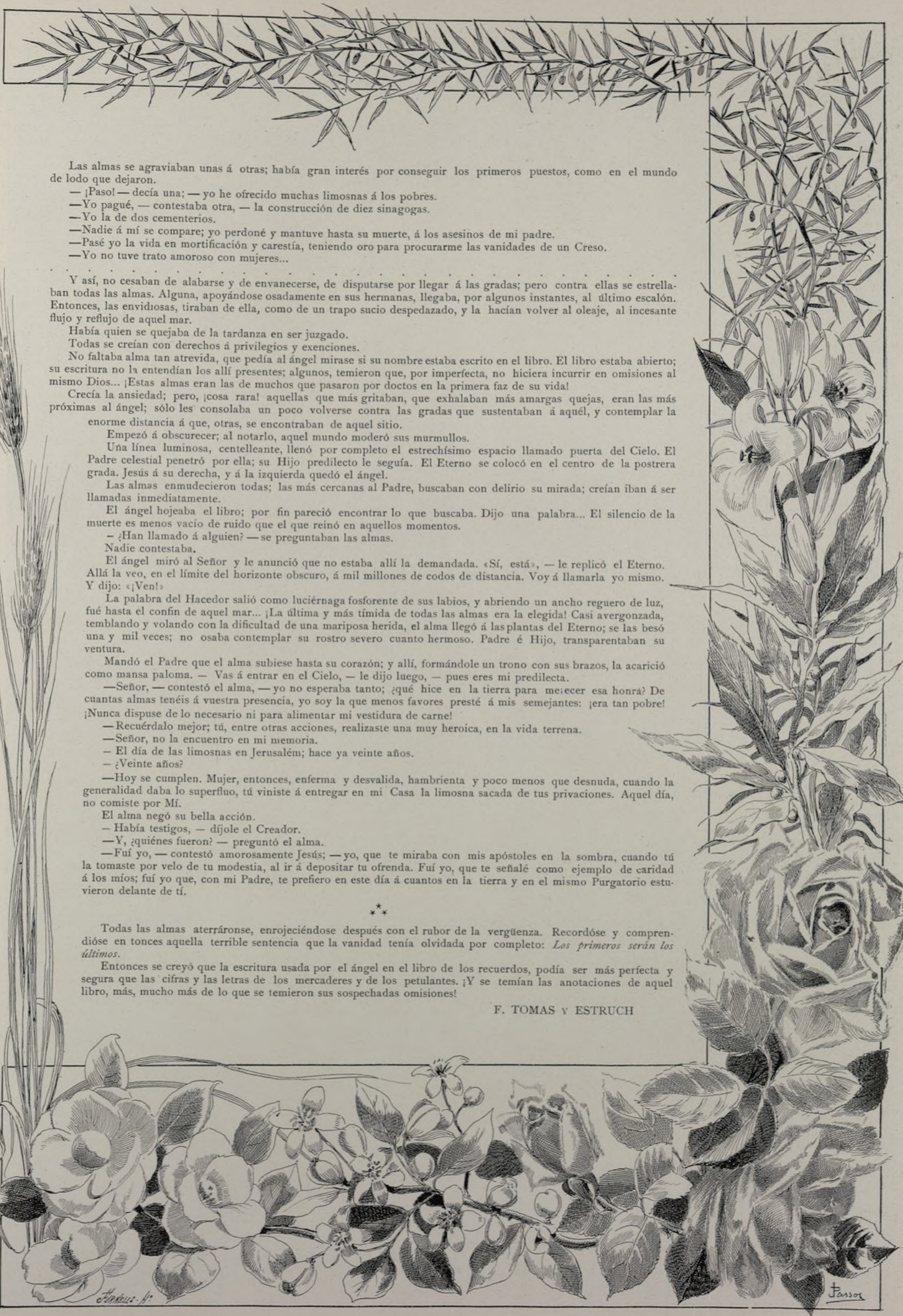
Se percibía un ruido sordo, que á intervalos cesaba en el vacío, para renovarse con pavoroso ronquido: ese ruido á veces expresaba ecos, voces de rencor por parte de los que, creyéndose con más derecho á ocupar un puesto preferente, solicitaban la proximidad á las gradas, sobre las cuales se elevaba el ángel; parecían que, así, tendrían más probabilidades de despachar pronto y entrar en la Gloria.

Allí, en primer lugar, se habían colocado los que más dinero gastaron en el mundo, los que mejores ofrendas materiales creyeron hacer á Dios. Los ricos de la tierra querían también gozar de su influencia en aquellas esferas.



Passo





Las almas se agraviaban unas á otras; había gran interés por conseguir los primeros puestos, como en el mundo de lodo que dejaron.

— ¡Paso! — decía una; — yo he ofrecido muchas limosnas á los pobres.

— Yo pagué, — contestaba otra, — la construcción de diez sinagogas.

— Yo la de dos cementerios.

— Nadie á mí se compare; yo perdoné y mantuve hasta su muerte, á los asesinos de mi padre.

— Pasé yo la vida en mortificación y carestía, teniendo oro para procurarme las vanidades de un Crespo.

— Yo no tuve trato amoroso con mujeres...

Y así, no cesaban de alabarse y de envanecerse, de disputarse por llegar á las gradas; pero contra ellas se estrellaban todas las almas. Alguna, apoyándose osadamente en sus hermanas, llegaba, por algunos instantes, al último escalón. Entonces, las envidiosas, tiraban de ella, como de un trapo sucio despedazado, y la hacían volver al oleaje, al incesante flujo y reflujo de aquel mar.

Había quien se quejaba de la tardanza en ser juzgado.

Todas se creían con derechos á privilegios y exenciones.

No faltaba alma tan atrevida, que pedía al ángel mirase si su nombre estaba escrito en el libro. El libro estaba abierto; su escritura no la entendían los allí presentes; algunos, temieron que, por imperfecta, no hiciera incurrir en omisiones al mismo Dios... ¡Estas almas eran las de muchos que pasaron por doctos en la primera faz de su vida!

Crecía la ansiedad; pero, ¡cosa rara! aquellas que más gritaban, que exhalaban más amargas quejas, eran las más próximas al ángel; sólo les consolaba un poco volverse contra las gradas que sustentaban á aquél, y contemplar la enorme distancia á que, otras, se encontraban de aquel sitio.

Empezó á oscurecer; al notarlo, aquel mundo moderó sus murmullos.

Una línea luminosa, centelleante, llenó por completo el estrechísimo espacio llamado puerta del Cielo. El Padre celestial penetró por ella; su Hijo predilecto le seguía. El Eterno se colocó en el centro de la postrera grada. Jesús á su derecha, y á la izquierda quedó el ángel.

Las almas enmudecieron todas; las más cercanas al Padre, buscaban con delirio su mirada; creían iban á ser llamadas inmediatamente.

El ángel hojeaba el libro; por fin pareció encontrar lo que buscaba. Dijo una palabra... El silencio de la muerte es menos vacío de ruido que el que reinó en aquellos momentos.

— ¿Han llamado á alguien? — se preguntaban las almas.

Nadie contestaba.

El ángel miró al Señor y le anunció que no estaba allí la demandada. «Sí, está», — le replicó el Eterno. Allá la veo, en el límite del horizonte oscuro, á mil millones de codos de distancia. Voy á llamarla yo mismo. Y dijo: «¡Ven!»

La palabra del Hacedor salió como luciérnaga fosforescente de sus labios, y abriendo un ancho reguero de luz, fué hasta el confin de aquel mar... ¡La última y más tímida de todas las almas era la elegida! Casi avergonzada, temblando y volando con la dificultad de una mariposa herida, el alma llegó á las plantas del Eterno; se las besó una y mil veces; no osaba contemplar su rostro severo cuanto hermoso. Padre é Hijo, transparentaban su ventura.

Mandó el Padre que el alma subiese hasta su corazón; y allí, formándole un trono con sus brazos, la acarició como mansa paloma. — Vas á entrar en el Cielo, — le dijo luego, — pues eres mi predilecta.

— Señor, — contestó el alma, — yo no esperaba tanto; ¿qué hice en la tierra para merecer esa honra? De cuantas almas tenéis á vuestra presencia, yo soy la que menos favores presté á mis semejantes: ¡era tan pobre! ¡Nunca dispuse de lo necesario ni para alimentar mi vestidura de carne!

— Recuérdalo mejor; tú, entre otras acciones, realizaste una muy heroica, en la vida terrena.

— Señor, no la encuentro en mi memoria.

— El día de las limosnas en Jerusalén; hace ya veinte años.

— ¿Veinte años?

— Hoy se cumplen. Mujer, entonces, enferma y desvalida, hambrienta y poco menos que desnuda, cuando la generalidad daba lo superfluo, tú viniste á entregar en mi Casa la limosna sacada de tus privaciones. Aquel día, no comiste por Mí.

El alma negó su bella acción.

— Había testigos, — díjole el Creador.

— Y, ¿quiénes fueron? — preguntó el alma.

— Fuí yo, — contestó amorosamente Jesús; — yo, que te miraba con mis apóstoles en la sombra, cuando tú la tomaste por velo de tu modestia, al ir á depositar tu ofrenda. Fuí yo, que te señalé como ejemplo de caridad á los míos; fuí yo que, con mi Padre, te prefiero en este día á cuantos en la tierra y en el mismo Purgatorio estuvieron delante de ti.

★ ★

Todas las almas aterraronse, enrojeciéndose después con el rubor de la vergüenza. Recordóse y comprendióse en tonces aquella terrible sentencia que la vanidad tenía olvidada por completo: *Los primeros serán los últimos.*

Entonces se creyó que la escritura usada por el ángel en el libro de los recuerdos, podía ser más perfecta y segura que las cifras y las letras de los mercaderes y de los petulantes. ¡Y se temían las anotaciones de aquel libro, más, mucho más de lo que se temieron sus sospechadas omisiones!

F. TOMAS Y ESTRUCH

SANS CASTAÑO



A MISA DE ALBA

FRANCISCO MIRALLES



FLORES SILVESTRES

PERSONAJES ANDALUCES

El primero, dentro de la esfera política liberal, es conocidísimo; el segundo, en el mundo científico se encuentra al mismo nivel, por lo que respecta á celebridad.

Nada puede reflejar más perfectamente las condiciones de un sér, su valía, su carácter, su caballerosidad, en fin, que la opinión de las clases populares; éstas, ni quieren ni saben aparentar lo que no existe, hoy que por suerte gozamos todos la libertad de creer, pensar y divulgar lo que á cada cual mejor parezca.

En la política existen elementos diferentísimos; unos analizables y otros no. Entre los primeros está indiscutiblemente el señor Lúa, liberal decidido, entusiasta, y que ejerce de apóstol de su idea, difundiendo y ensalzando con sus actos, y con su palabra galana, fácil y briosa. Sus hechos son los mejores heraldos de sus aptitudes; ellos hablan, — porque subsisten; porque palpitan en los corazones de todos los andaluces; — mejor que yo que únicamente puedo por mi cuenta y riesgo sintetizar en estas desaliñadas líneas la admiración que me causa como hombre, como político y como autoridad.

Agacino, al tiempo que se honra perteneciendo á nuestra armada, honra señaladamente á la misma. Las mejores pruebas de su talento están en esas condecoraciones que en su pecho ostenta, y que dicen claramente lo que vale, más que los elogios que yo pueda tributarle.

¡El pueblo gaditano, bien supo lo que se hacía al otorgarle sus votos! ¡Si todo el Congreso lo compusieran hombres como Agacino, otra vida más próspera y feliz gozaríamos!

Como hombre de ciencia, es una de las figuras más eminentes de España; y para probarlo, apelo á sus múltiples obras que no me dejarán mentir.

El marqués de Comillas, al depositar en él la dirección de sus astilleros, supo lo que se hacía también, pues en Agacino han encontrado los cientos de obreros que allí se agitan, más que un jefe recto, un preceptor bondadoso, que les va inculcando, con paternal cariño, sus profundos conocimientos.

Al ver favorecidas hoy las columnas del ALBUM SALÓN con la fotografía de tan ilustres hombres, siento un verdadero placer; porque nada resulta más halagador, que tener el convencimiento de haber hecho justicia al genio.

M. E. G.



DON GUILLERMO LÚA
GOBERNADOR CIVIL DE SEVILLA

Fot. J. Rodríguez (Sevilla).



Fot. Nal, Chicano y L. Hernández. (Cádiz)

DON EUGENIO AGACINO

TENIENTE DE NAVÍO Y DIPUTADO Á CORTES POR CÁDIZ

DOS PRIMAS

I

No es verdad que Lastorres es un hombre que reúne cuantas dotes es posible reunir para ser interesante? — decía con vehemente entusiasmo Valentina Falcón á su prima Sofía, hablando de un joven oficial que les había sido presentado aquella misma noche, en el baile de Vallereal.

— No he tenido ocasión de notarle esas cualidades.

— Si hubieras bailado con él, y hubieses visto que conversación tan interesante... y que frases tan enamoradas...

— Chica, chica, mucho te han impresionado las galanterías que todo caballero se cree obligado á dirigir á su compañera de baile.

— Niñas, — dijo doña Juana Montanella, madre de Sofía, desde su habitación, — son las tres de la madrugada y ya es hora de acostarse.

Las dos primas se dieron un beso y las buenas noches, y se fueron á dormir.

II

Pronto pudiera haberse convencido Valentina de que su imaginación se había apresurado á levantar castillos en el aire.

Enrique visitó del modo más correcto á la señora de Montanella, sin decir á su sobrina otra cosa que galanterías más ó menos intencionadas,

Algunas insinuaciones, sin embargo, bastante íntimas, justificaban que ésta estuviese enamorada de él; aun cuando cuidaba de no dejar conocer este sentimiento, confiando sólo á su prima, — á quien hablaba cada vez más y con más entusiasmo de su pasión, — los sueños y delirios de su alma.

III

Su inexperiencia de niña no le permitía temer que esa pintura constante de las cualidades excepcionales de Lastorres, y las frecuentes confidencias del amor que por él experimentaba, podrían llegar á impresionar á una mujer del carácter de Sofía.

Vehemente, caprichosa, insubstancial, mal criada por la madre, que, mirándola como un ídolo, no había sabido contradecirla nunca, y acostumbrada á ser la preferida en todo; sin confesarse á sí misma que envidiaba las atenciones de Lastorres, sentía algo que la mortificaba, en las confianzas de Valentina.

Y no obstante, solicitó desde entonces, con péfido interés, esas con-



¡Pobre niña! aun ignoraba hasta qué punto debía ser profunda la pena que esa revelación llevaba consigo.

La despiadada casualidad le hizo recorrer la calle de la Amargura.

IV

Era una noche de agosto: Valentina, fatigada por el calor y perseguida por sus tristes pensamientos, quiso asomarse á un balcón que daba al jardín. Para hacerlo, tenía que atravesar un corredor, sobre el que abría la puerta del cuarto de su prima. El resplandor que iluminaba el suelo, bajo esa puerta, le hizo comprender que aquella velaba; presa de indecible agitación, miró por el ojo de la cerradura, y acertó á ver á su rival escribiendo.

— ¡Dios mío! — exclamó, — ¿á quién puede escribir á esta hora y con este secreto?

Y casi sin acertar á dar un paso, ganó su habitación, procurando no ser oída.

Desde aquella aciaga noche, buscar la certeza de tal desventura fué su pensamiento dominante. Su naturaleza, decaída por los sufrimientos, experimentados, cobró sobrehumano vigor; aquellas mejillas pálidas se tiñeron de enfermizo carmín, y aquel mirar apagado brilló con la energía de una voluntad irresistible.

— Aquí, aquí deben estar; — dijo, acercándose á un mueble que había en el cuarto de su prima, una tarde en que ésta había salido de paseo.

Convulsa y torpe, hizo saltar la cerradurita del pequeño *secrétaire* donde guardaba Sofía sus joyas y correspondencia íntima; y apoderándose de un paquetito de cartas, cuya letra le era conocida, corrió á encerrarse en su habitación.

Poco después, golpes bruscamente dados en la puerta le hicieron exclamar, con una alegría que causaba miedo: — ¡Ahí está ya! La esperaba.

No se había equivocado.

Sofía, roja de ira, la boca entreabierta, los ojos desencajados y con el arrebató de la demencia, le agarró por un brazo, diciéndole:

— ¡Vil, infame, hipócrita! dame las cartas de que te has apoderado; ni ellas ni el hombre que las ha escrito te pertenecen; es mío, mío, ¡sólo mío!

— Sí, — dijo Valentina, con voz de agonía, — porque me lo has robado á mí, ¡miserable ladrona de corazones!

fidencias. El amor en su grado álgido es contagioso;... y acaso contagiada, se dijo á sí misma:

— ¿Por qué no? Lastorres y ella no están en relaciones; — y con la astucia de la serpiente y la candidez de la paloma, empleó un talento muy superior al de sus pocos años, para hacerse querer de aquel hombre.

Sus grandes ojos negros claváronse una vez, como penetrante acero, en Lastorres, y le dijeron: — «¡Te adoro!»

¡Pobre Valentina! aquella mirada había destruído para siempre la felicidad de su vida.

Como no se ocultaba á Sofía la infamia de su proceder; aunque desde aquel instante funesto el corazón de Lastorres fué suyo,... tuvo vergüenza de publicarlo, y quiso que sus relaciones fueran un secreto absoluto para todo el mundo.

Así pudo ser, porque Lastorres tuvo que marchar á su destino de agregado militar á nuestra embajada en Rusia.

Su ausencia dejó un vacío en el saloncito de la familia Montanella, y sin embargo, sólo la madre hablaba alguna que otra vez de él.

No sucedía así en las conversaciones íntimas de las dos primas; Valentina, cada vez más apasionada, comunicaba á Sofía todas las vibraciones de su alma, le leía sus cartas, y buscaba explicaciones, más ó menos forzadas, al tono de pura amistad que imperaba en ellas.

Sofía, disimulaba; pero cada palabra de su prima, era un puñal que atravesaba su alma, enardeciendo más y más su profundísima pasión.

Este estado de cosas no podía prolongarse mucho; y llegó un momento en que una palabra imprudente de Sofía hizo traición á su disimulo: esa palabra fué una revelación para Valentina.

Celos de muerte se apoderaron de ella, cuando comprendió que Sofía amaba á Lastorres; y desde aquel instante ocultó cuidadosamente el cruel torcedor que angustiaba su alma.



— Mientes; Enrique no ha sido nunca tuyo.

— Y tú, que no pensabas en él, y sabías que era mi amor, mi sueño, mi existencia, ¿tú me lo arrebatas?

— El es también mi sueño, mi existencia, toda mi vida. No me acuses; tú y nadie más que tú, me ha inspirado la pasión que siento por ese hombre; tus palabras han prendido el fuego que arde en mi corazón, y es tan grande, tan inmenso, que prefiero morir á renunciar á su cariño.

Al oír estas palabras, dichas con la suprema energía de la pasión más frenética, quiso Valentina responder; pero su lengua pudo apenas balbucear el principio de una frase, y cayó al suelo, sin sentido.

Sofía, rápida como el pensamiento, le arrancó las cartas, que apretaba con fuerza la encrispada mano, y corrió á su habitación.

V

El accidente de Valentina había sido gravísimo; quince días, presa de un delirio febril, estuvo entre la vida y la muerte. Cuando lo permitió el

estado de su salud, acompañada de una sirvienta antigua de la señora de Montanella, fué, por prescripción facultativa, á un pintoresco pueblecillo de las cercanías de Ronda, donde convaleció de su enfermedad.

VI

Pocos años después, la mano inexorable de la Providencia escribió el epílogo de este drama.

Enrique Lastorres presentaba demanda de divorcio contra su mujer, doña Sofía Montanella,... el mismo día en que Valentina daba á luz un hermoso niño, hijo de un honrado labrador de Ronda, en cuyo hogar ardió eterno, como el día de la boda, el fuego de un santo himeneo.

El que hubiera examinado atentamente el rostro de Valentina, habría advertido que la felicidad presente no había logrado borrar por completo el sello de tristeza que imprimió en él el desencanto de su primer amor.

MIGUEL GUILLOTO DEMOUCHE

ENRIQUE SERRA



MARINA



NOTAS ARTISTICAS. — RECUERDOS DE UN VIAJE Á ANDALUCÍA.

LA SERIE

I

No sé si alguno de mis lectores conocerá el inmoralísimo juego de la ruleta. Quiero suponer que sí, porque desgraciadamente está permitido en la mayor parte de las poblaciones de Europa, ó está, por mejor decir, tolerado. Apenas hay casino ni sociedad de recreo donde cuatro ó seis aficionados no hayan conseguido implantar ese juego, seductor como ninguno para los jugadores, y fascinador como pocos para los incautos. La ruleta ha dado la vuelta al mundo. Dicen que un fraile francés fué el inventor de tan útil descubrimiento. Siempre fueron temibles los frailes en sus invenciones, y de ello es buena prueba la de la pólvora, atribuida generalmente á otro fraile, alemán de nación, según los eruditos aseguran. La ruleta ha arruinado casi á tantas personas como se han acercado al tapete verde que á ambos lados de la rueda giratoria contiene el cuadro de los números que han de salir premiados. Pero como no se ha dado caso de jugador arrepentido ni de escarmiento verificado, á cada nueva ruina sucede una nueva afición, y la perspectiva de una riqueza rápidamente adquirida, es gran fomento del vicio y no menor ganancia de los que á diario lo explotan. De algunos años á esta parte, los especuladores de este género de saqueo disimulado, han elegido, como grandes centros de



su actividad, aquellos sitios donde es mayor en verano la afluencia de gentes acomodadas. Los baños que, ó por moda, ó por necesidad, son frecuentados en el estío por aristócratas viajeros, suelen tener todo género de alicientes para esparcimiento del ánimo y mengua del bolsillo. Por eso en Baden, en Hombourg, en Mónaco, en Spá y hasta en nuestro risueño puerto

de San Sebastián, por si acaso no eran bastante diversión del enfermo ó del rumboso viajero á la moda, los bailes, las regatas, las carreras de caballos y las músicas de noche, los explotadores del vicio han llevado estos últimos años la ruleta.

¿Quién no ha jugado algunos francos á tal ó cual número, con la esperanza de ver aumentada su fortuna en tan gran proporción como todo el mundo sabe? Un franco, producirá treinta y cinco; y si estos treinta y cinco francos se ponen á otro número y este otro número también es premiado, entonces... multiplíquese treinta y cinco por sí mismo. Tal es la ruleta. Tal es la esperanza del jugador; acertar un rato, y... el cuento de la lechera y los pensamientos aquellos del centinela del soneto son pequeñeces ante lo que el ruletista decidido se promete.

¡Lástima grande que todavía no nos haya contado la fama el nombre de ningún feliz mortal enriquecido por la caprichosa bola! Lo único que sabemos de cierto es que los jugadores suelen suicidarse ó acabar por pedir limosna, mientras que los caballeros particulares que dan vuelta á la rueda é impulso á la bola, ó los capitalistas que allí les colocaron á sueldo, suelen ganar diez ó doce mil duros mensuales en España, donde el número de jugadores es más corto ó menos rico; ciento ó dos cientos mil francos en Francia, ó en Italia, ó en Alemania, donde las jugadas son más importantes, y los jugadores más tenaces.

A pesar de esto, la afición crece de día en día, si hemos de juzgar por el aumento que ha sufrido la especulación en estos últimos años. Es que la sed del oro y la necesidad humana se pasean del brazo por Europa, contándose una á otra que cada día son mayores las necesidades de los que no viven de su trabajo. Y sobre todo:

*Quid non mortalia pectora cogis
aura sacri fames!*

II

Fué en Hombourg, bien me acuerdo. Allí era donde solía yo encontrar, en uno de los casinos, siempre henchidos de gente que había ido á gastar en verano las rentas de invierno, á los duques de **; un matrimonio ruso, de conversación agradable y excelente trato. Me había presentado á ellos un diplomático español. Simpatizamos pronto, y todos los días tomábamos cerveza juntos.

También allí había ruleta. La concurrencia á la sala de juego era muy numerosa; enormes las cantidades que se atravesaban. El duque solía jugar, de cuando en cuando, no por vicio, sino por distracción. Más de una vez me admiró su imperturbabilidad en la ganancia y su sonrisa de desdén ante la pérdida.

Solía poner dos ó tres luses á negro ó colorado, buscando siempre una serie. Entonces pude observar que las series se dan con frecuencia en la ruleta.

La mitad de los números de la rueda son negros, la otra mitad son colorados. El jugador que prefiere jugar los colores á jugar los números, no obtiene más ganancia que la cantidad jugada; pero, en cambio, suele suceder que se den cinco ó seis negros ó encarnados, y en tal caso, la ganancia es casi mayor que la que se puede obtener ganando treinta y cinco por uno.

Una tarde que la duquesa tuvo la humorada de arrojar cinco luses al negro y la paciencia de esperar á ver si los negros se repetían, vió colmados sus deseos.

Seis números negros ocupó la bola seguidamente. Cinco luses que hacen diez, diez que hacen veinte, veinte que hacen cuarenta, cuarenta que hacen ochenta, ochenta que hacen ciento sesenta, y ciento sesenta que hacen trescientos veinte.

Trescientos veinte luses. Seis mil cuatrocientos francos obtenidos con cuatro napoleones.

— ¡Brillante jugada! — le dije á mi amiga.

— En cambio, yo he jugado al encarnado, — me dijo un polaco que estaba delante de mí, — y he perdido doce mil francos, en menos de tres minutos. Tal es la ley eterna de las cosas de la vida. Unos han de perder para que otros ganen. Es lo que los diplomáticos suelen llamar, en política, el equilibrio europeo; como si les creyéramos por eso.

La duquesa recogió su montón de oro, y nos retiramos del salón. Discurrimos acerca de la inmoralidad del juego (por lo mismo que se acababa de ganar), y mis dos amigos me refirieron una porción de anécdotas curiosas, referentes todas á jugadas y jugadores. En todas ellas había horribles detalles, sucesos dolorosos.

— Yo juego muy pocas veces, — me dijo el duque, — y esas, por el gusto de despreciar la fortuna. Tengo la evidencia de que si jugara diariamente, me arruinaría, y acabaría por hacer del juego una necesidad, un oficio, un *modus vivendi*; y, creedme, la fortuna no se busca, se encuentra. Jugar para hacer negocio es una simpleza. Todas las grandes jugadas se han hecho por hombres que, ó no necesitaban el dinero que ganaron, ó se encontraron millonarios, cuando menos lo esperaban, echando al azar unos cuantos francos.

Hay además una fatalidad inevitable que pesa sobre todos los jugadores del mundo. Dado que los jugadores puedan ser gente honrada, estad seguro de que siempre gana quien menos lo merece, y por otra parte, yo he observado...

En tal punto, interrumpió nuestra conferencia un joven holandés, que tomaba cerveza en una mesa próxima á la nuestra. Le conocíamos de vista.

— Perdonadme señores, — nos dijo, — si me ingiero en vuestra conversación; pero un ejemplo que quisiera ponerlos, probará la verdad de cuanto está diciendo ese caballero; (y señaló al duque). Es un hecho histórico que todavía recuerda con horror Mr. Blanc, el director de estos juegos. ¿Queréis oír la gran jugada de mi hermano?

Le invitamos á ocupar un asiento á nuestro lado, y comenzó de esta manera.

III

Rodolfo ocasionó la ruina de nuestra casa. A la muerte de nuestro padre, que era acaso el comerciante más rico del Haya, nos repartimos la herencia, como buenos hermanos, y cada uno se propuso aumentar lo heredado de la mejor manera posible.

Eramos tres: Rodolfo, que había seguido la carrera mercantil; Esteban, que ejercía de abogado, y yo, que soy médico.

Rodolfo era el mayor; le queríamos como á un padre. La pérdida del nuestro, que tanto sentimos, estaba compensada por el cariño y el respeto que Rodolfo nos merecía. Era tan bueno, tan generoso, tan digno, que no había posibilidad de hallar en él defectos.

Pero Rodolfo había nacido para ser infeliz en todo.

¿Me podéis explicar en qué consiste eso que en unos pueblos se llama la fatalidad, en otros el sino, en otros la *sombra*, en otros Dios, en otros la jettatura, en otros la desgracia, en otros la mala estrella?

Rodolfo emprendió negocios en grande escala, negocios de esos que llaman los comerciantes, claros, indudables, de ganancia segura. Perdió siempre su dinero. Tres años bastaron para que desapareciera su capital por completo.

Se había hecho armador en el tercer año; y tres grandes barcos de su propie-



ZORAIDA
 Serenata para piano por
 CANDIDO ORENSE *Gl mi querido amigo*
 D^o José Tusell Gost.

Moderato. (*)

PIANO. *ff* *ritard:* *ppp*

Lento.

f *acel:* *ff* *ritard:*

(*) Los 4 primeros compases de esta frase cuasi Andante y despues Allegro.

The musical score consists of six systems of staves, each with a treble and bass clef. The key signature is two sharps (F# and C#). The dynamics and tempo markings are as follows:

- System 1: *ppp* (pianissimo) in the bass staff, *acel:* (accelerando) in the treble staff.
- System 2: *f* (forte) in the bass staff, *acel:* (accelerando) in the treble staff, *ff* (fortissimo) in the bass staff.
- System 3: *pp* (pianissimo) in the bass staff, *ff* (fortissimo) in the treble staff, *pp* (pianissimo) in the bass staff.
- System 4: *ff* (fortissimo) in the bass staff, *pp* (pianissimo) in the treble staff.
- System 5: *ff* (fortissimo) in the bass staff, *ritard:* (ritardando) in the treble staff, *ppp* (pianissimo) in the bass staff.
- System 6: *f* (forte) in the bass staff, *acel:* (accelerando) in the treble staff.

Lento.

ritard: p *ppp*

acel: ff *p*

1ª 2ª

p

Lento.
p ritard: ppp

f accel: ritard:

ppp f accel:

ff fff

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

dad que salieron de nuestro puerto con rumbo á las costas de Africa, donde se proponía introducir mercancías de gran resultado, fueron presa de los elementos en alta mar, y perdióse con ellos el resto de aquella que fué gran riqueza cuando mi buen padre abandonó la vida. Iba de pasajero en uno de los barcos nuestro pobre hermano Esteban, que con morir, por seguir los consejos de Rodolfo, yendo á las costas de Guinea en calidad de gerente de nuestra casa, nos dejó á más de desolados, pobres; supuesto que en aquella gran empresa iba comprometida también parte de su herencia. Quedaba sólo lo que yo heredé como ellos. Conmovidísimo ante la terrible desgracia de mis hermanos, y viendo á Rodolfo, sino desconsolado, porque su carácter era fuerte y sufrido, por lo menos sin esperanza alguna de mejor suerte, le dije un día:

— Rodolfo, se ve claramente que no eres afortunado; pero, en mis viajes por España, he aprendido un proverbio que dice: « Dios mejora sus horas ». Tú y yo somos una misma persona. Yo soy médico y no entiendo de negocios; mas conservo intacta mi herencia. ¿La quieres?

— ¿Para perderla y arruinarte? — murmuró mi hermano, con una sonrisa de amargura.

— Para lo que Dios quiera, — le respondí.

Y á los pocos días la casa *Rembrani hermanos*, pues así se llamaba la nuestra, entró en un nuevo período de prosperidad que sorprendió á los comerciantes del Haya.

He dicho que Rodolfo tenía el carácter fuerte. Debo rectificar. Era una naturaleza especial la suya, un temperamento raro. Tenía una especie de resistencia pasiva que aun hoy me admira; le sucedía una desgracia horrible y su rostro no se alteraba. Podían decirle en un momento y cuando menos lo esperase: « estás arruinado », y no pestañeaba. Díjéranle: « tu hermano ha muerto », cuando le creyera en plena salud, y apenas se inmutaría.

Y no era que careciese de sentimiento ni de sensibilidad. Era que desde niño estaba acostumbrado á sufrir contrariedades. Tenía valor y tesón, y quería luchar, y luchaba; la desgracia no le intimidaba nunca.

En cambio, yo le he oído sollozar mil veces en la soledad de la noche, cuando, encerrado en su cuarto y dando vueltas en el revuelto lecho, pensaba en su porvenir, en su hermano muerto, y en su hermano vivo; porque me quería entrañablemente y temblaba á la idea de exponer mi caudal, que no quería considerar como suyo.

Comenzó un negocio de licores, y perdió más de la tercera parte del dinero que yo le había confiado. Un convecino suyo, pícaro redomado, halló ocasión de cederle, á bajo precio y como buenas, un crecido número de pipas de curaçao, que tuvo que malvender precipitadamente. Cuando me contó este fracaso, me dijo:

— Mira, creo que no acertaré en nada de lo que me propongo, porque estoy enamorado.

Y me contó sus amores.

La poseedora de su corazón era una niña angelical, que gozaba gran fama de virtuosa en el pueblo. Una huérfana. Estaba al cuidado de unos parientes lejanos. Muy pobre: pero, ¿qué importaba eso? ¿No era mi hermano rico todavía con las dos terceras partes que de mi regalada herencia le quedaban? Al mes de haberme hecho aquella revelación de su amor, conseguí verle casado con su amada. ¡Gozaba yo tanto con su dicha!

Los negocios prosperaban. Había admitido un gerente muy experto, un hombre lleno de actividad, á quien su joven esposa le recomendara, por ser algo pariente suyo. Rodolfo dió á este hombre plenos poderes para que le representase en una gran subasta. ¿Queréis creer que el gerente y la esposa virtuosísima huyeron del Haya un día, al amanecer, y fueron á derrochar nuestro dinero á New-York? Creedlo; porque es tan cierto como espantoso.

Una sonrisa, sólo una sonrisa brotó de los labios de mi pobre hermano. Quiso tener valor, y lo tuvo; pero aquella horrorosa desgracia fué para él, y aun para mí, la mayor que hasta entonces pesó sobre nosotros.

Rodolfo necesitaba distraer su dolor.

— Cierra el almacén, — le dije, — vende lo que en él queda, redúcelo todo á dinero. Te restan unos cien mil francos de toda nuestra herencia. Es preciso que viajes, porque estás enfermo.

Yo soy médico, y estas palabras le sorprendieron un poco.

— ¿Estoy enfermo?

— Sí.

— ¿De gravedad?

— No.

Y al decirle esto, le engañé. Hacía tiempo que yo adivinaba en él todos los síntomas del aneurisma. Podía morir dentro de un mes, dentro de veinte años; pero la enfermedad no tenía remedio. Se resistió á emprender un viaje, por no tener el consuelo de dejar de verme. Mas yo le prometí acompañarle. Dejé mis enfermos, mi casa, mis afecciones todas, y salimos á recorrer la Europa.

Después de un año de viaje por España é Italia, Francia y Rusia, volvimos á Alemania, y nos detuvimos aquí donde ahora os refiero esta historia. Aquí, en Hambourg, pasamos una larga temporada. Aquí jugó mi hermano diferentes veces, y perdió siempre. ¿No había de perder, si en su vida tuvo la satisfacción de acertar en nada? Era, sin embargo, notable por su imperturbabilidad. Perdía miles de francos, con una serenidad envidiable. Es muy general que á todo jugador se le enrojecen gradualmente las orejas. ¿lo habéis reparado? Es un detalle cómico de la desesperación que se apodera de quien juega, y que suelen observar todos los que hacen en estas casas el papel de espectadores. Mi hermano no varió nunca de color. Su palidez habitual no le abandonaba un instante.

Como yo le conocía bien, nunca se me ocurrió detenerle si ganaba, ni retirarle si perdía. Aunque le hubiese visto ganar diez millones, no le hubiera dicho retirate.

Esto le hubiera indignado. Su carácter no admitía consejos ni réprensiones. Era desgraciado; pero no por culpa suya. Nadie podía ni debía hacerle cargos.

Una tarde, sentado á una de estas mesas, me dijo: « ¿Qué piensas que hagamos? De toda nuestra herencia, apenas nos quedan veinte mil francos... »

— Volveremos al Haya, — le respondí, — y mientras haya mala salud, yo ganaré lo suficiente para vivir. — Y Rodolfo exclamó:

— ¡Eramos tan ricos!

Pensó un instante en todas las desgracias de su vida, y una lágrima muda, pero elocuente, se deslizó por sus mejillas.

Le dejé solo.

Por la noche volvió al hotel, extremadamente serio.

Adiviné lo que pasaba.

— ¿Has jugado? — le pregunté temblando, porque yo detesto el juego.

— Sí, — me respondió.

— ¿Cuánto?

— Todo.

— ¿Todo?

— Todo.

— Es decir que estamos ya completamente pobres.

— Mira.

Y al decir esto, Rodolfo sacó de su bolsillo un luis, añadiendo:

— Esto es todo lo que nos queda en el mundo.



IV

La historia que nos refería el joven holandés, nos interesaba en extremo á los duques y á mí. Descansó él un momento, tomó un sorbo de cerveza, y continuó.

Pasamos la noche en vela. Rodolfo creyó sin duda que yo dormía, y se desahogó llorando. Yo le oía llorar, y procuraba fingir un sueño de que no disfrutaba. Sabía que mi hermano se levantaría á la mañana siguiente con rostro sereno, y procuraría disimular la pena que destrozaba su alma.

Efectivamente; vistióse temprano por la mañana, y me llamó, creyendo que yo dormía.

Hícele creer que me despertaba.

— Mira, — me dijo: — es preciso ver como buscamos un poco de dinero para pagar el gasto del hotel y el viaje hasta el Haya, porque con un luis es imposible disponer nada.

¡Y sonreía el pobre, al decirme estas palabras!

— Eso es muy fácil, — contesté. — Aquí hay paisanos nuestros que no pueden sospechar que hemos llegado á tal pobreza: diremos que hemos tenido el capricho de jugar y que hemos perdido. Pediremos prestados quinientos francos... ¿Eh?

— Bueno. Tú harás lo que mejor te parezca.

Y salió.

Hice lo que pensé. Pedí á un comisionista amigo mío los quinientos francos, y volví á reunirme con mi hermano.

Le busqué por el salón de lectura, y no estaba. Di con él en la sala de juego.

Estaba sentado en un extremo de la mesa, con los codos apoyados en ella y la cara oculta entre las manos. Tenía inclinado el sombrero hacia las cejas. No se le veía el rostro.

— Rodolfo, — le dije, tocándole en la espalda.

— Duerme, — me indicó un jugador. — No juega, y hace mucho rato que está así. Sin duda le gusta oír cantar los números, sin mirar á nadie: por eso tal vez se ha ocultado la cara entre las manos... ¿Es amigo de usted?

— Es mi hermano, — le respondí.

— ¡Ah! ya; lo digo porque si no juega, podía dejar el puesto á otro.

En aquel momento, Rodolfo apartó una de sus manos del rostro, sacó del bolsillo el luis que me enseñó la noche anterior, el único luis, *el último*, y lo puso al negro. En seguida volvió á colocarse como estaba: con el rostro entre las manos, los codos en la mesa y el sombrero sobre los ojos.

— ¡El 6 negro! — gritó el banquero que hacía rodar la bola.

Ya tenía dos luses mi pobre Rodolfo. Siguió en la misma postura. Yo me fui al otro extremo de la mesa, para contemplarle.

— El 10 negro, — gritó el banquero en seguida.

— ¡Cuatro luses! — pensé yo.

Y mi hermano ni levantó la cabeza. ¡Era esto tan propio de su carácter!

— El 24 negro, — se oyó entonces.

Y á los pocos instantes rodó la bola y gritaron:

— ¡El 35 negro!

Los jugadores comenzaron á reparar en aquel hombre que de tan grande calma daba pruebas. Yo pedía á Dios que los negros continuaran.

— ¡El 15 negro! — oí al momento.

Y antes de que pudiera alegrarme:

— ¡El 17 negro!

¡Qué admirable tesón el de Rodolfo! Ni levantó los ojos; y sin embargo, ya traía algunas miradas aquel montoncillo de oro que en la casilla del negro había.

— ¡El 2 negro! — gritó el banquero.

Y pagó en seguida, mirando alarmado hacia donde Rodolfo estaba.

A los dos segundos, la bola rodaba; la impaciencia mía era grande.

— ¡El 22 negro! — oí gritar, y respiré. Eran cerca de seis mil francos los que el mísero luis producía; pero ¿y si ahora, (como era lo más probable), la bola caía en una casilla encarnada?

— ¡El 33 negro! — resonó en la sala.

Y se dobló el montón.

Tuve un movimiento nervioso. Quise ir al lado de Rodolfo, y decirle: «¡vámolos!» Pero tuve miedo de contrariarle.

Casi todos los jugadores le miraban, y él, ¡oh admirable entereza! sin levantar los ojos.

— ¡El 31 negro! — gritó esta vez el banquero con rabia.

Hubo una exclamación de sorpresa.

La bola corría con una rapidez pasmosa. El banquero estaba febril.

— ¡El 26 negro! — dijo al momento, y se puso encendido; pero pagó religiosamente.

Yo llegué ya á creer que era imposible que viniera un encarnado. Tenían mis ojos algo de magnetismo.

La bola estaba á mis órdenes. ¡Qué felicidad! Todas las desgracias de mi pobre Rodolfo iban á ser compensadas si seguía jugando y ganando... Me asusté. Un inglés jugó ocho mil francos al colorado... y creí que tenía razón, porque era muy probable...

— ¡El 6 negro! — gritaron.

Nueva exclamación de sorpresa. Ya no había dinero con que pagar. El banquero se retiró. Algunos jugadores se levantaron. Nuevos banqueros, con nuevo capital, se sentaron, llenos de esperanza en que, si Rodolfo seguía jugando, un encarnado vendría muy pronto... ¡Locura! tiraron los nuevos banqueros: rodó la bola: cayó en el 4.

— ¡El 4 negro! — gritó el banquero recién llegado, y se oyó un grito en la sala; y mi hermano no levantaba la cabeza; y yo era feliz, porque todas las desgracias de su vida desaparecían ante aquella inmensa riqueza; porque el banquero volvió á tirar... y pronunció el 20 negro!... y ya no hubo dinero tampoco... y el asombro creció, y la gente rodeó á mi hermano que ya era dueño de seiscientos cincuenta y cinco mil trescientos sesenta francos; pues yo llevaba la cuenta con un lápiz. Entonces, de pronto, como si me hubiera herido un rayo, me hirió una sospecha.

Corrí como un loco hacia mi hermano.

— ¡Rodolfo! — le grité.

Y no me respondió. Le empujé violentamente, le alcé la cabeza... la concurrencia dió un grito horrible...

¡Rodolfo estaba muerto!

EUSEBIO BLASCO

MOSAICO

A mediados del próximo Octubre, saldrá para América el redactor-corresponsal del ALBUM SALÓN en Andalucía, don Manuel Escalante Gómez, llevando la representación del mismo y el encargo especial de remitir periódicamente una amplia información literaria y gráfica de los sucesos principales que se desarrollen en aquellos lejanos países, donde todavía alienta sangre española y se habla nuestra lengua nacional.

Dada la competencia y actividad de dicho señor, abrigamos el convencimiento de que nuestros favorecedores podrán apreciar en breve el nuevo y costoso sacrificio que en su obsequio hacemos, para que esta publicación, de sí tan importante, satisfaga todas las aspiraciones.

Nos prometemos también, inaugurar, en cuanto entre el otoño y regresen á la capital la multitud de familias que se hallan de veraneo, una *Crónica barcelonesa*, *eco de la buena sociedad*; alternándola con las que desde la Corte nos envía el acreditado revistero de salones, Monte-Cristo, y publicamos con el título de *Madrid elegante*.

Estas crónicas son de sumo interés y amenidad, en particular para las clases á que directamente afecta el ALBUM SALÓN, y en las cuales ha encontrado un éxito superior á toda esperanza. No faltará materia; pues nos consta que varias aristocráticas familias, piensan, como uno de los medios beneficiosos al comercio de la capital, salir este año del retraimiento que en el anterior les impusieron las circunstancias.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

LA MILICIA COMO ELEMENTO POLÍTICO CONTEMPORÁNEO. *Ensayo de un estudio, por el Teniente Coronel de Estado Mayor del Ejército, don Leopoldo Barrios y Carrión, con un Post-Scriptum del ilustre académico de la Historia, Excmo. señor don Luis Vidart.*

Digno de toda recomendación es el trabajo que nos ocupa; pues revela en su autor un gran caudal de conocimientos y un detenido estudio de las ciencias militares. En las circunstancias actuales, sobre todo, adquiere importancia suma, mereciendo que dediquen algunas horas á su lectura, los llamados á resolver los graves problemas que están sobre el tapete. La carta abierta con que termina el libro, escrita por el antes citado académico, enaltece el mérito de aquél y afianza el de éste, si por sí solo no lo pregonara su nombre tan conocido y respetado.

Esta obra, lo propio que otras varias del mismo autor, tratando análogos asuntos, se vende, esmeradamente editada, en la librería de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid, donde deben dirigirse los que deseen adquirirlas.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR: de E. Alvarez Dumont.

De sorpresa en sorpresa. Caricaturas de Miguel Navarrete.

PÁGINAS EN COLOR: *Nobleza y hermosura*. Retratos de las señoras Duquesa de



MTRO. CÁNDIDO ORENSE (Granada).

Nájera y Marquesa de Villapanés, con un artículo alusivo á las mismas, de Manuel Escalante Gómez.

Venecia. (Doble página). Cuadro de A. Más y Fontdevila.

¿Por qué lloras? Cuadro de P. M. Bertrán.

PÁGINAS EN NEGRO: *La mora*. Artículo de J. Alvarez Pérez.

Modernistas americanos. Carlos Reytes. Artículo de T. Orts Ramos.

La de Betanzos. Artículo de P. Sañudo Autrán, con ilustraciones de Gastón Pujol.

Por Andalucía. Visita á la casa vinícola de los señores González Byass, en Jerez de la Frontera. Artículo, retratos y vistas fotográficas.

Veraneo. Artículo de Emilia Pardo Bazán.

Gitanilla, por José Llovera.

Madrid elegante. Crónica; por Montecristo.

Maestro P. Astort. (Retrato).

MOSAICO.

REGALO. *Canción española*. Letra de Ramón de Campoamor; música del Maestro P. Astort.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torres Hermanos. — Litografía Labielle.